



Santa María Eugenia de Jesús

25 marzo 1891

SOBRE LOS SUFRIMIENTOS DE LA PASIÓN

Mis queridas hermanas,

No quiero decir más que algunas palabras para recordaros que el pensamiento que debe dominar sobre los otros en este momento y llenar vuestra alma, es el de nuestro Señor crucificado. Hay que acostumbrarse a mirarle en sus sufrimientos extremos. Pienso que en vuestras meditaciones durante esta Cuaresma, habéis entrado en la amplitud de sus sufrimientos, habéis comprendido mejor lo que han debido ser en el corazón de la Virgen, es espantoso. Ella veía a nuestro Señor colgado en la cruz con sus heridas, coronado de espinas y no pudiendo apoyar la cabeza en ningún lado, clavado en la cruz por la crueldad de los hombres que le habían clavado al madero para que ahí muriese.

Nosotros tenemos algunas veces sufrimientos: son pequeñas cosas, pero las miramos como muy grandes. Debemos habituarnos a llevarlas al pie de la Cruz y ahí todas las cosas cambian. Ha querido pasar por tan crueles sufrimientos por nosotros, para rescatarnos, darnos el bautismo y los otros sacramentos. Ha querido aceptar la muerte y la muerte de cruz. Estaba en el designio de su Padre, pero se hizo obediente.

¿Qué debemos entonces hacer con nuestros sufrimientos psíquicos o morales?

Ningún sufrimiento moral le ha sido evitado, ha sido traicionado por uno de sus discípulos, negado por otro, abandonado de todos, ha sufrido la crueldad de los hombres, su burla. Jesús ha sufrido todas las formas de desprecio. Han jugado con Él como la bestia cruel juega con la presa que ha podido coger. Así la crueldad de los hombres ha jugado con nuestro Señor y ha hecho de Él un objeto de mofa, de cruel y abominable diversión, pues la misma corona de espinas era como una burla de los soldados a los cuales había sido entregado y que podían hacer de Él todo lo que querían. Fue entregado a la voluntad, a la crueldad de los hombres, a todos los más bajos sentimientos que pueden habitar en la persona humana.

He ahí lo que nuestro Señor hizo por nosotros; sería necesario para ser dignos de este tiempo de Pasión, fijar nuestra mirada en Él y también tener algunos de los sentimientos que estaban en el corazón de la Virgen, esos sentimientos tan tiernos, tan ardientes, tan entregados, tan generosos que han hecho que la Santísima Virgen haya sufrido al pie de la Cruz más que todos los mártires. No podía rechazar este sufrimiento, estaba allí como el sacerdote de ese gran sacrificio, lo ofrecía a Dios en el amor, la adoración, la sumisión perfecta a todos sus designios.

Volvamos a nosotros. ¿Qué aceptamos de la misma manera? Cuando Dios nos envía una pena, un sufrimiento, ¿sabemos como la Virgen entrar en la voluntad de Dios y ofrecerle ese sacrificio, esta ofrenda? Desgraciadamente el amor a nosotros mismos es fuerte en nosotros, y es muy difícil deshacernos de él para que el amor de nuestro Señor lo llene. La Santísima Virgen no sentía más que el amor que tenía a Jesucristo; no sentía el dolor de su sacrificio sino el amor inmenso que le hacía inmolarse. Hubiera querido acoger en su pobre cuerpo ya quebrantado todo lo que afligía a nuestro Señor tanto en su cuerpo como en su espíritu.

Muchos santos y santas han vivido disposiciones semejantes. Hace falta que esta sea también nuestra disposición: No os digo esto para los sufrimientos que vosotros buscáis, imagináis, sino por los que Dios os enviará. Vendrá un día que será el último de nuestra vida. Entonces tendremos necesidad de paciencia cuando estemos ante la muerte, estemos en la agonía, no como nuestro Señor en una cruz muy dura, clavado al madero y no sosteniéndose más que por las heridas que atravesaban sus pies y sus manos. No será así para nosotros, pero llegaremos al momento doloroso de la agonía en el que hace falta darse enteramente a Dios, someterse a todo. Desde ahora hay que prepararse para ese día que será el último: prepararse por la sumisión, el abajamiento, por la fe viva, por el amor a Jesucristo crucificado.

He acompañado a muchas personas en estos momentos y siempre he visto que el gran apoyo de los que se van hacia Dios, es el crucifijo. Que sea este el vuestro, porque hayáis tomado la costumbre de venerarlo, amarlo, de ponerlos entre las manos de nuestro Señor crucificado, de hacer todo en unión con los sentimientos que Él ha tenido en la cruz.

Bossuet dice a propósito de esta palabra: *“Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado?”* Que el abandono que nuestro Señor sufrió en la cruz ha sido lo más cruel del mundo. No era el Hijo único, objeto de todas las delicias y complacencias del Padre. Dios no veía por así decir en Él más que al pecador universal, el que sustituía al hombre culpable y que llevaba la maldición debida al pecado. Hay pocos que pasan por estas angustias. En general, en nosotros, Dios suaviza la muerte de las religiosas, se hace presente a la persona, la sostiene, la lleva con Él y la hace atravesar las angustias de la agonía. Pero para nuestro Señor no fue así. Qué agonía del alma y del cuerpo durante las tres horas que estuvo en la cruz!

Si nuestro Señor murió antes de lo que se esperaba, es que la flagelación tan cruel, la coronación de espinas, el cargar con la cruz habían agotado sus fuerzas, y además el hambre... y cuando subía al calvario estaba ya desfallecido. Qué difícil es cuando todas las fuerzas nos abandonan decir a Dios: *“sí, todo lo que quieras, como lo quieras, porque Tú lo quieres”*. Hace falta para ello mucho coraje. Sin embargo es lo que nuestro Señor espera de nosotros como intercambio de su sacrificio, esto y el amor tierno, compasivo, generoso de la Santísima Virgen.